

un cántaro de agua, un pan moreno y castañas.

—Cenemos, dijo el mendigo.

Se repartieron las castañas, el marqués hizo partícipe de las galletas al pobre, comieron pan moreno y bebieron en el cántaro uno despues de otro.

En seguida renovaron la conversacion.

—¿De modo que tanto os importa que tengan un desenlace ú otro los acontecimientos?

—Casi lo mismo; estos asuntos son cosa vuestra, cosa de los señores.

—Pero en fin, lo que pasa...

—Pasa muy alto para mí... pero aun hay algo que pasa más alto, como el sol que aparece, ó como la luna que aumenta ó disminuye, y estas cosas son las que á mí me ocupan.

Bebió un trago de agua del cántaro y exclamó:

—Qué agua tan fresca!

—Cómo te llaman?

—Me llamo Tellmarch, alias el Caimand.

—Sí, Caimand es una palabra bretona.

—Que quiere decir mendigo; tambien me conocen en el pais por el *Viejo*... ya hace cuarenta años que me llaman el Viejo.

—Cuarenta años! Serias entonces muy jóven.

—No he sido jóven nunca, mientras que vos lo sois todavía. Teneis piernas de veinte años, ya que podeis subir á lo alto de la gran duna, al paso que yo comienzo á no poder andar, y al cabo de un cuarto de legua estoy cansado. Somos, sin embargo, de la misma edad, pero los ricos tienen sobre nosotros la ventaja de que comen todos los dias. El comer conserva la salud.

El mendigo, despues de una pausa, continuó:

—Los pobres y los ricos constituyen la cuestion que produce las catástrofes; al menos yo lo creo así. Los pobres quieren ser ricos y los ricos no quieren ser pobres, este es el fondo real de la cuestion. No tomo parte en ella, suceda lo que suceda; ni estoy por el acreedor ni por el deudor: sé que hay una deuda y que la pagan, y nada más. Hubiera preferido que no matasen al rey, pero me seria difícil decir por qué. En apoyo de esa muerte me dicen que en otro tiempo por nada se ahorcaba de los árboles á las personas, y, en efecto, por un tiro mal disparado contra un cervatillo del rey yo he

visto ahorcar á un hombre que tenia mujer y siete hijos. Para defender una y otra causa se pueden presentar argumentos.

Volvió á callar el mendigo; despues añadió:

—Ya comprendéis que no estoy al corriente de lo que pasa; los unos van, los otros vienen, y yo no me meto en nada. Soy algo herborista y algo médico; conozco las yerbas y saco partido de las plantas: los aldeanos me van examinando las que ellos creen que no valen nada y me hacen pasar por brujo. Porque medito, creen que sé algo.

—Eres del pais?

—Sí; nunca he salido de aquí.

—Me conoces?

—Sin duda. La última vez que os ví fué cuando pasásteis por aquí, hace dos años, para ir á Inglaterra. Hace poco ví en la cumbre de la duna un hombre de alta estatura; los hombres altos son aquí muy escasos; la Bretaña es pais de hombres bajitos. Os observé, y como acababa de leer el cartel, os conocí á la luz de la luna cuando volvísteis la cabeza.

—Sin embargo, yo no te conocia.

—Me habeis visto, aunque no habeis reparado en mí; pero yo, al contrario.

—Nos hemos encontrado otras veces?

—Muchas, porque yo soy vuestro mendigo. Yo era el pobre que se situaba al fin del camino de vuestro castillo. En algunas ocasiones me habeis dado limosna, pero el que dá no mira y el que recibe examina y observa. Quien dice mendigo dice espía. Tendia la mano; vos no veáis más que la mano, y echábais en ella la limosna que yo necesitaba para no morirme de hambre aquel dia. A veces se pasan veinticuatro horas sin comer y una moneda insignificante dá la vida. Os debo, pues, la vida y os la devuelvo.

—Es cierto, porque me salvas.

—Os salvo, señor marqués... con una condicion, añadió Tellmarch con voz grave.

—Con qué condicion?

—Con la de que no vendreis aquí para hacer mal.

—Vengo aquí para hacer bien, contestó el marqués.

—Durmamos, pues, repuso el mendigo.

Tendiéronse el uno al lado del otro sobre el lecho de hojas y el pobre se quedó inmediatamente dormido. El marqués, aunque estaba fatigado, quedó pensativo

algunos momentos; despues miró al pobre, y al verlo dormido, se volvió del otro lado. Acostarse en aquel lecho era echarse en el suelo; aprovechó, pues, la ocasion de aplicar el oido á tierra y escuchó. Oíase bajo tierra sombrío zumbido, porque sabido es que el sonido se propaga por las profundidades del suelo, y oíase tambien el tañido de las campanas.

Continuaba el somaten.

El marqués se durmió.

V.

Firmado: Gauvain.

Quando el marqués se despertó ya era de dia.

El mendigo estaba en pié, no en la cueva, porque en ella no era posible estar derechos, sino fuera y en el umbral. Estaba apoyado en un garrote y manifestaba alegre fisonomía.

—Monseñor, le dijo Tellmarch, acaban de dar las cuatro de la madrugada en el reloj de la torre de Tanis. Oí las cuatro campanadas, lo que indica que el viento ha cambiado, y ahora sopla de la tierra. No oigo ningun ruido, de lo que deduzco que ha cesado el toque de somaten. Todo está tranquilo en la alquería y en la aldea de Herbe-en-Pail. Los azules duermen ó se han marchado. Lo más inminente del peligro ha pasado ya y separarnos será lo más prudente. Esta es la hora de hacer mi excursion.

Designando un punto del horizonte, añadió:

—Yo me voy por ahí.

Despues designó el punto opuesto y dijo:

—Vos, señor marqués, os ireis por allí.

El mendigo hizo al marqués un grave saludo con la mano, y señalando los restos de la cena:

—Llevaos las castañas si quereis, añadió.

Un instante despues desapareció entre los árboles.

El marqués se levantó y se puso en marcha en la direccion que le indicó Tellmarch.

Era la hora deliciosa que en la antigua lengua de los aldeanos normandos se llama *el reclamo del dia*. Oíanse piar los pajarillos en los bosques. El marqués siguió el sendero por donde llegó á la cueva el dia anterior; salió de la espesura y se encontró en la encrucijada don-

de estaba la cruz de piedra. Vió el cartel blanco y como alegre al reflejar el sol saliente. Recordó que habia al pié del anuncio algo escrito que no pudo leer la víspera por la pequeñez de las letras y por la escasa claridad del dia. Acercóse al pedestal de la cruz. El cartel terminaba efectivamente, debajo de la firma de PRIEUR, *del Marne*, con estas dos líneas, impresas en caracteres pequeños:

“Identificada la persona del marqués de Lantenac, será inmediatamente pasado por las armas. Firmado: *El jefe de batallon comandante de la columna expedicionaria*, GAUVAIN.”

—Gauvain! exclamó el marqués.

Se detuvo profundamente pensativo, fijando la mirada en el cartel.

—Gauvain!... repitió.

Se puso despues en marcha, se volvió, miró la cruz, deshizo el camino que habia andado y leyó otra vez el cartel.

Luego se alejó con lentitud. El que estuviese á su lado le hubiera oido murmurar á media voz:

—Gauvain!...

Desde el fondo de la cañada por donde se deslizaba no se veian los tejados de la alquería, que habia dejado á su izquierda. Costeaba una eminencia abrupta cubierta de zarzas en flor, de la especie llamada de larga espina. Formaba la cumbre de dicha eminencia una de esas puntas de tierra que en el pais se llaman “hures”; en su base la vista se perdía entre los árboles. El follaje estaba inundado de luz. Toda la naturaleza sonreía con la alegría profunda de la mañana.

De repente el paisaje presentó aspecto terrible. Una especie de tromba, formada de gritos salvajes y de tiros, cayó sobre aquellos campos y sobre aquellos bosques llenos de luz, y se vió elevarse por la parte de la alquería columnas de humo, cortadas aquí y allá por llamas claras, como si el pueblo y la alquería solo fuesen haces de paja ardiendo. Ese espectáculo fué repentino y lúgubre; fué el paso brusco de la calma á la fúria, fué una explosion de infierno en plena aurora, fué el horror sin transicion. Debían estarse batiendo por la parte de Herbe-en-Pail. El marqués se paró.

En semejantes casos se experimenta una sensacion de curiosidad más poderosa aun que la del peligro; se desea saber lo que es hasta aventurando la vida. El marqués ascendió á la eminencia, por cuya falda pasaba la cañada, para averiguar lo que era, arriesgándose á ser

descubierto. Al llegar á la cumbre miró. Vió, en efecto, el fuego de la fusilería y un incendio.

Oíanse clamores y la alquería era como el centro de desconocida catástrofe. Qué era aquello? ¿Atacaban la alquería? Quiénes la atacaban? ¿Aquello era un combate ó una ejecucion militar? A los azules les mandaba un decreto revolucionario que castigasen con frecuencia las alquerías y las aldeas refractarias, incendiándolas. A este castigo quedó sometida en los últimos tiempos la parroquia de Bourgon, cerca de Ernée. ¿Se encontraba ahora en este caso la alquería de Herbe-en-Pail? ¿Podría ser el incendio el castigo?

Un bosque, lleno de maleza, rodeaba por todas partes la eminencia, en cuya cumbre se situó el marqués, poniéndose en observacion. Aquella espesura, que se llamaba el bosquecillo de Herbe-en-Pail, pero que tenia las proporciones de un bosque, se extendía hácia la alquería y ocultaba, como muchos sotos bretones, una red de barrancos, senderos y cañadas, en cuyos laberintos se perdian los ejércitos republicanos.

La ejecucion, si aquello fué una ejecucion, debió ser feroz, porque fué corta; como todas las cosas brutales, se consumió en breve tiempo. La atrocidad de las guerras civiles consiente estos atentados salvajes. Mientras el marqués, multiplicando sus conjeturas, titubeaba entre huir ó quedarse escuchando y espiaba, cesó el estrépito de exterminacion, ó por mejor decir, se dispersó. Al marqués le pareció ver, en efecto, desparramarse una multitud furiosa y alegre al mismo tiempo. Oyó espantoso hormigueo bajo los árboles; desde la alquería se arrojaba en el bosque; oía tambores que tocaban paso de ataque. No oía ya tiros; lo que pasaba, más que batalla, le parecía ojeo; creía que buscaban, que perseguían á alguno. El ruido era difuso y profundo; era una confusion de palabras de cólera y de triunfo, un rumor compuesto de clamores, difícil de descifrar. Bruscamente, como lineamiento que se dibuja en el humo, hubo algo articulado y preciso en aquel tumulto; este algo era un nombre que repetían mil voces, y el marqués oyó con claridad estos gritos:

—“Lantenac! Lantenac! ¡El marqués de Lantenac!”

Era él á quien buscaban.

VI.

Peripecias de la guerra civil.

De pronto, alrededor del marqués, y por todas partes á un mismo tiempo, el bosque se llenó de fusiles, de bayonetas y de sables; en la penumbra se dibujó una bandera tricolor; el grito de ¡Lantenac! estalló en sus oídos y aparecieron á sus pies rostros violentos entre las matas y las zarzas.

El marqués estaba solo, de pié sobre la cumbre, y le veían de todos los puntos del bosque, pero él podía ver apenas á los que gritaban su nombre. Si habia mil fusiles en el bosque, podía muy bien servir de blanco á todos ellos.

Se quitó el sombrero, dobló una de sus alas, arrancó una espina seca de una zarza, sacó del bolsillo una escarapela blanca, la fijó con la espina en el ala vuelta, prendiéndola en la copa del sombrero; cubrióse de modo que pudiesen verle bien la cara y la escarapela, y dijo en alta voz, dirigiéndose á aquella multitud:

—Soy el hombre que buscáis. Soy el marqués de Lantenac, vizconde de Fontenay, príncipe breton, teniente general de los ejércitos del rey. Acabemos: ¡punto! fuego!

Apartó con las dos manos su colete de cabra de piel y enseñó el pecho desnudo.

Bajó la vista buscando con la mirada los fusiles dirigidos contra su pecho y se vió rodeado de hombres arrodillados ante él. Oyó en seguida este inmenso grito:

—“Viva Lantenac! Viva el señor! ¡Viva el general!”

Al mismo tiempo saltaban sombreros por el aire, agitábanse sables en señal de alegría y se levantaban palos coronados por monteras de lana parda. Estaba el marqués rodeado por una partida de vendeanos, que se arrodilló al reconocerle.

Refiere la leyenda que habia en las antiguas selvas turingias seres extraños, raza de gigantes, más ó menos hombres, á los que los romanos consideraban como animales horribles y los germanos como encarnacion divina, y por lo tanto, segun se encontraban con unos ó con otros, estaban expuestos al exterminio ó á la adoracion. El marqués experimentó una sensacion semejante á la que debia sentir uno de esos seres, cuando esperaba ser tratado como mónstruo y bruscamente se veía tratado como Dios.

Aquellos ojos, que destellaban relámpagos terribles, se fijaban en el marqués con una especie de amor salvaje.

Aquella tropa iba armada de fusiles, de hoces, de picas y de palos; aquellos hombres usaban sombreros grandes ó monteras pardas con escarapelas blancas, profusion de rosarios y de amuletos, anchos calzones, abiertos por la rodilla, casaca de piel, botines de cuero; llevaban desnuda la rodilla y los cabellos largos.

Un jóven de agradable aspecto atravesó por entre aquella gente arrodillada y ascendió de prisa hasta la cumbre en donde estaba el marqués. Llevaba como los demás sombrero de ala levantada y escarapela blanca y vestia casaca de piel, pero sus manos eran blancas, su camisa fina y usaba una faja de seda blanca, de la que pendia una espada con puño dorado.

Llegado que hubo al lado del marqués, arrojó el sombrero, se quitó la faja, hincó en tierra la rodilla y presentó á éste la faja y la espada, diciéndole.

—Os buscábamos y gracias á Dios os hemos encontrado. Aquí teneis la espada de mando. Estos hombres os pertenecen y desde ahora son vuestros subordinados. Era yo su comandante, pero desde este momento asciendo á soldado vuestro. Aceptad, monseñor, nuestro homenaje. Dadnos vuestras órdenes como general.

Hizo una señal y unos hombres que llevaban una bandera tricolor salieron del bosque, subieron hasta donde estaba el marqués y depositaron á sus plantas la bandera. Era la que Lantenac acababa de ver al través de los árboles.

—Mi general, dijo el jóven que le habia presentado la espada y la faja, esta bandera acabamos de tomársela á los azules, que estaban en la alquería de Herbe-en-Pail. Yo me llamo Gavard y he servido á las órdenes del marqués de la Rouarie.

—Está bien, contestó el marqués, y grave y tranquilo se ciñó la faja.

Después sacó la espada y, agitándola por encima de la cabeza, exclamó:

—Ahora todos en pié y ¡viva el rey!

Todos se levantaron, y oyóse en las profundidades del bosque este clamor inmenso y triunfante:

—Viva el rey! viva el marqués! ¡Viva Lantenac!

El marqués, volviéndose hácia Gavard, le preguntó:

—Cuántos somos!

—Siete mil.

El marqués bajó de la eminencia; Gavard le explicó lo sucedido del modo siguiente:

—Monseñor, lo que ha pasado os lo explicaré con pocas palabras. Solo esperábamos que una chispa produjese el incendio. El bando de la República, al revelar vuestra presencia aquí, ha sublevado el pais en favor de su rey. Supimos secretamente vuestra llegada por el maire de Granville, que es de los nuestros. Es el que salvó al padre Olivier. Esta noche se ha tocado á rebato.

—Por quién?

—Por vos.

—Ah! dijo el marqués.

—Y aquí estamos, repuso Gavard.

—Y somos siete mil?

—Hoy siete mil; pero seremos quince mil mañana, que es el cupo que corresponde al pais. Cuando Enrique de La Rochejaquelein salió para ponerse al frente del ejército católico se tocó á somaten, y en una noche reunió diez mil hombres. Creimos que debíais estar en este bosque y venimos á buscaros.

—¿Habeis atacado á los azules en esa alquería?

—El viento les impidió oír el toque de somaten y nada sospechaban, porque fueron recibidos allí muy bien. Esta mañana atacamos la alquería, los azules dormían y hemos despachado en seguida. ¿Os dignais aceptar mi caballo, mi general?

—Sí.

Un paisano acercó un caballo blanco militarmente ensillado y dispuesto. El general, sin hacer uso de la ayuda que le ofrecia Gavard, montó.

—Hurra! gritaron todos.

Gavard hizo el saludo militar y preguntó:

—¿Dónde situais vuestro cuartel general?

—Por ahora en el bosque de Fougères.

—Es uno de los siete bosques de vuestra propiedad, señor marqués.

—Necesito un cura.

—Llevamos uno.

—Quién es?

—El vicario de la capilla Erbrée.

—Le conozco; estuvo en Jersey.

Un sacerdote salió de las filas y contestó:

—Tres veces hice ese viaje.

—Buenos dias, señor vicario, le dijo el marqués; vais á tener mucho trabajo.

—Tanto mejor.

—Tendreis muchos que confesar... los que quieran... porque no obligaré á nadie.

—Gaston, en Gueménée, obligó á los republicanos á que se confesaran, replicó el clérigo.

—Gaston es un peluquero, contestó el marqués, pero no se debe forzar á nadie.

Gavard, que fué á dar algunas órdenes, volvió y dijo:

—Mi general, qué hacemos? Esperamos vuestras órdenes.

—Desde luego nuestra reunion se verificará en el bosque de Fougères; que se dispersen y que acudan allí por distintos caminos.

—Ya está dada esa orden.

—¿Me dijisteis que los habitantes de la aldea de Herbe-en-Pail recibieron bien á los azules?

Sí, mi general.

—Habeis quemado la alquería?

—Sí.

—Y la aldea?

—No.

—Quemadla.

—Los azules trataron de defenderse; pero eran ciento cincuenta y nosotros siete mil.

—A qué batallon pertenecian?

—Eran de los azules de Santerre.

—El que mandó que tocasen los tambores mientras guillotinaban al rey; entonces es un batallon de Paris.

—Medio batallon.

—Cómo se llamaba ese batallon?

—Mi general, su bandera lleva escrito este letrero: "Batallon del Gorro Rojo."

—De bestias feroces.

—Qué hacemos con los heridos?

—Rematarlos.

—Qué haremos de los prisioneros?

—Fusilarlos.

—Hay cerca de ochenta.

—Fusilarlos á todos.

—Hay entre ellos dos mujeres.

—Fusiladlas tambien.

—Tienen tres niños.

—Traedlos acá y veremos lo que se hace de ellos.

El marqués picó espuelas al caballo.

VII.

Guerra sin perdon (consigna del Municipio).

Guerra sin cuartel (consigna de los príncipes).

Entre tanto que esto sucedia cerca de Tanis, el mendigo se habia dirigido hácia Crollon; se habia hundido en los barrancos bajo la vasta y sorda espesura del follaje, indiferente á los sucesos y atento á una pequeñez; era soñador más que pensador, porque el pen-

sador tiene un objeto y el soñador no lo tiene, y erraba vagabundo, deteniéndose aquí y allá á comer un tallo de mimbre silvestre ó á beber en los manantiales, irguiendo la cabeza algunas veces para escuchar ruidos lejanos, volviendo despues á la fascinacion deslumbradora de la naturaleza, ostentando sus harapos á la luz del sol.

Era viejo y pasado; no podia andar mucho, como dijo al marqués de Lantenac; un cuarto de legua le fatigaba; dió un breve rodeo hácia la Croix-Avranchin, y ya empezaba á anochecer cuando volvió.

Un poco más allá de Macey, el sendero que seguia le condujo á un punto culminante desprovisto de árboles, desde el que se veia á mucha distancia y desde el que se descubria todo el horizonte del Oeste hasta el mar.

Una gran humareda le llamó la atención.

Nada es tan agradable como la humareda, pero nada es tan espantoso; hay humaredas apacibles y humaredas pérfidas; en la humareda, en el espesor y en el color del humo se diferencian la paz y la guerra, la fraternidad y el odio, la hospitalidad y el sepulcro, la vida y la muerte. El humo que sube por entre los árboles puede indicar el consuelo del mundo, esto es, el hogar, y lo más horrible de la tierra, esto es, el incendio; la dicha y el infortunio del hombre se simbolizan algunas veces en esa mancha que en el horizonte se esparce á impulsos del viento.

Era alarmante la humareda que contemplaba Tellmarch; era negra y ofrecia resplandores súbitos, como si el foco de donde salia tuviese intermitencias y acabara de extinguirse y se elevara por encima de Herbe-en-Pail.

Tellmarch apresuró el paso y se dirigió hácia la humareda; á pesar de estar rendido, queria saber lo que era.

Llegó á lo alto de un cerrillo, en cuya ladera estaban pegadas la aldea y la alquería. No existian ya ni la una ni la otra; el monton de escombros que quemándose humeaba habia sido hasta entonces la Herbe-en-Pail.

Es más doloroso que ver quemarse un palacio ver arder una cabaña; la devastacion abatiéndose sobre la miseria, el buitre encarnizándose en el gusano, forman un contrasentido que oprime el corazón.

Segun la leyenda bíblica, la vista de un incendio trueca la criatura humana

en estatua: en estatua quedó convertido Tellmarch durante un momento, presenciando inmóvil el espectáculo que se ofrecia ante sus ojos. La destruccion que estaba mirando se consumaba en silencio; no se oia ni un grito, ni un suspiro humano; aquel inmenso horno trabajaba acabando de devorar la aldea, sin que se oyese otro ruido que el que producian el chasquillo de las maderas y el chisporroteo de la paja de las techumbres. Algunas veces la nube de humo se desgarraba, y las paredes abiertas dejaban ver el interior de las habitaciones. Tellmarch experimentaba el deslumbramiento siniestro del desastre.

Algunos árboles de un castañar contiguo á las casas se habian encendido y arrojaban llamas.

El mendigo escuchaba atentamente, por ver si podia oír algun clamor, algun grito de socorro; pero nadie se movia, excepto las llamas; todo callaba, excepto el incendio. ¿Habrian huido todos los habitantes? ¿Dónde estaba el grupo vivo y trabajador de Herbe-en-Pail? ¿Qué habia sucedido á aquellos vecinos?

Tellmarch bajó del cerro.

Tenia ante él un enigma fúnebre. Aproximábase al sitio del siniestro sin apresurarse, con la vista fija, avanzando hasta él con lentitud de sombra y considerándose como el fantasma de aquella tumba.

Llegó á lo que fué puerta de la alquería: miró hácia el corral, que entonces ya no tenia paredes y se confundia con el pueblecillo agrupado alrededor. Lo que vió al principio solo era terrible, lo que vió un momento despues era horroroso.

En medio del corral habia un monton negro, vagamente modelado por una parte por las llamas y por la otra por la luna; aquel monton era de hombres, y aquellos hombres eran cadáveres. Alrededor de ellos habia un gran charco que aun humeaba; el incendio se reflejaba en él, aunque no necesitaba el fuego para rojo, porque era de sangre.

Tellmarch se acercó y examinó uno tras otro aquellos cuerpos muertos que yacian en tierra. La luna y el incendio los iluminaban.

Los cadáveres eran de soldados, estaban descalzos; les habian quitado los zapatos y las armas, pero conservaban aun los uniformes azules, y aquí y allá se distinguian confundidos con brazos, piernas y cabezas, sombreros agujereados y con escarapelas tricolores. Eran,

pues, republicanos, eran los parisienses que el dia anterior estaban allí vivos guarneciendo la granja de Herbe-en-Pail. Aquellos hombres fueron pasados por las armas, como lo indicaba la caida simétrica de los cuerpos; los habian fusilado en su sitio y con cuidado. Todos estaban muertos. Ni un estertor salia del monton. Tellmarch pasó revista á los cadáveres, sin omitir uno solo, y vió que todos estaban acribillados de balas. Los que los ametrallaron tendrian acaso prisa de ir á otra parte y no se tomaron el trabajo de enterrarlos.

Al ir á retirarse, sus ojos se fijaron en una pequeña pared que habia en el corral y vió cuatro piés que salian por detrás del ángulo que aquella formaba; aquellos piés estaban calzados, y eran más pequeños que todos los demás. Tellmarch se acercó á ellos y vió que eran de mujer.

En efecto, habia tendidas dos mujeres, una al lado de la otra, fusiladas detrás de la pared. Tellmarch se inclinó sobre ellas. Una vestia una especie de uniforme, y á su lado vió una cubeta rota y vacía; era una cantinera. Tenia cuatro balazos en la cabeza; estaba muerta.

Tellmarch examinó á la otra. Era una aldeana lívida, con la boca abierta y los ojos cerrados, pero que no habia recibido ninguna herida en la cabeza. Sus vestidos hechos girones, acaso por las marchas y las fatigas, se le habian abierto al caer y enseñaba el torso medio desnudo. Tellmarch los separó más de la carne y vió en un hombro un agujero redondo producido por una bala, que le rompió la clavícula. Miró aquel seno lívido y exclamó:

—Madre y nodriza!

La tocó y vió que no estaba fría; acaso no tenia otra herida que la del hombro. La puso la mano apretada sobre el corazón y sintió débiles latidos. No estaba muerta.

Tellmarch se levantó y gritó con voz terrible:

—No hay nadie aquí?

—Eres tú, Caimand? respondió una voz tan baja que apenas se oia. Al mismo tiempo asomó una cabeza por un agujero de las ruinas. Despues otra cabeza salió de otros escombros. Eran de dos aldeanos que se habian escondido; los únicos que sobrevivieron en la aldea. La voz de Caimand los tranquilizó y los hizo salir del escondite.

Temblando, adelantáronse hasta Tellmarch: éste pudo gritar, pero no podia

hablar: las emociones profundas causan semejantes efectos. Les señaló con el dedo la mujer tendida á sus piés.

—Es que vive todavía? preguntó uno de los aldeanos.

Tellmarch hizo con la cabeza señal afirmativa.

—Y la otra vive también? preguntó el otro aldeano.

Tellmarch hizo seña de que no.

El primer aldeano repuso:

—Todos los demás son cadáveres. Lo he presenciado todo desde una cueva, y dí gracias á Dios en aquellos momentos de no haber tenido familia. He visto arder mi casa... todo lo han destruido. Esta mujer tenía tres hijos, los tres pequeños. Los niños gritaban: ¡Madre! La madre gritaba: ¡Hijos míos! Mataron á la madre y se llevaron á sus hijos. ¡Lo he presenciado todo!... ¡Luego se marcharon esos asesinos y se marcharon contentos, llevándose á los hijos después de matar á la madre!... Pero no ha muerto, no es verdad? Dime, Caimand, ¿crees que podrás salvarla? ¿Quieres que te ayudemos á llevarla á tu covacha?

Tellmarch hizo signo afirmativo.

El bosque estaba contiguo á la alque-

ría: hicieron unas parihuelas con follaje y helechos, colocaron sobre ellas á la mujer, que permaneció inmóvil, y se pusieron en marcha, un aldeano á la cabeza de ella y otro á los piés; Tellmarch sostenía el brazo de la moribunda y la examinaba el pulso.

Por el camino los dos aldeanos hablaban y por encima de la mujer ensangrentada, cuya faz pálida iluminaba la luna, cambiaron las siguientes exclamaciones:

—Han matado á todo el mundo!

—Lo han incendiado todo!

—Que nos vá á suceder?

—La culpa la tiene aquel hombre alto y viejo que lo mandó.

—Sí, es él el general.

—No estaba presente cuando el fusilamiento.

—No, pero se fusiló por orden suya. Les dijo: "Matad, quemad; no haya cuartel para nadie."

—Pues es un marqués,

—Cómo se llama?

—El marqués de Lantenac.

Tellmarch levantó los ojos al cielo y murmuró entre dientes:

—Si yo lo hubiera sabido!

SEGUNDA PARTE

EN PARIS

LIBRO PRIMERO

Cimourdain.

I.

Las calles de Paris en aquel tiempo.

Se vivía entonces en público, se comía en mesas puestas delante de las puertas; las mujeres hilaban, cantando La Marsellesa, en los pórticos de las iglesias; el parque Monceaux y el del Luxemburgo eran campos de maniobras; había en todas las encrucijadas talleres de armeros trabajando; se forjaban fusiles á la vista de los transeúntes, que aplaudían, y los vecinos de Paris repetían estas frases: *Hay que tener paciencia, estamos en revolucion, y sonreían heroicamente. Iban al espectáculo como en Atenas durante la guerra del Peloponeso; los carteles de las esquinas de las calles anunciaban las obras siguientes: El sitio de Thionville.—La madre de familia salvada del incendio.—El club de los Indolentes.—La mayor de las papisas, Juana.—Los filósofos soldados.—El arte de amar en la aldea, etc.*

Los alemanes estaban á las puertas de Paris; corría el rumor de que el rey de Prusia había mandado tomar un palco en el teatro de la Opera. Todo era espantoso y nadie se espantaba. La tenebrosa

ley de sospechosos, que fué el crimen de Merlin de Donay, hacia visible la guillotina, suspendida sobre todas las cabezas. El procurador Serán, que estaba denunciado, esperaba que fuesen á prenderle de bata y zapatillas y tocando la flauta. Les parecía á todos que les faltaba el tiempo y todos se apresuraban. No había sombrero sin escarapela. Las mujeres decían: *Estamos hermosas con el gorro colorado.* Parecía que todo Paris cambiaba de habitacion. Los prenderos tenían sus tiendas atestadas de coronas, de mitras, de cetros de madera dorada, de flores de lis, restos de objetos de las casas reales. Era la demolición de la monarquía que pasaba. Veíanse en las tiendas de trapos y de hierro viejo capas pluviales y roquetes que se vendían por cualquier casa. En las tabernas de los Porcherons y de Ramponneau, hombres vestidos con sobrepellices y con estolas y montados en burros encapazonados con casullas, bebían vino de la taberna en los cálices de las catedrales. En la calle de Santiago los empedradores, descalzos, detenían el carreton de un vendedor ambulante de calzado, compraban á escote quince pares de zapatos y los enviaban á la Convención para que sirviesen á los soldados. Abundaban los bustos de Franklin, de Rousseau, de Bruto y de Marat. En la calle de Cloche-Perce, bajo de uno de estos bustos de Marat, había en un cuadro de madera negra cubierto con cristal una requisitoria contra Malonet con sus hechos comprobados, y estas dos líneas al margen: "Me dió estos detalles la querida de Sil-